

## Reescribir a Gilberto Alzate Avendaño

*Democracia bendita seas... Gilberto Alzate Avendaño, liberado. 1950-1960*

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO  
Fundación Gilberto Alzate Avendaño,  
Universidad Nacional de Colombia,  
Gobernación de Caldas, Bogotá,  
Manizales, 2013, 639 págs., il.

COLOMBIA VIVÍA los horrores de la violencia en momentos en que el presidente del Directorio Conservador Gilberto Alzate Avendaño viajaba a Cali, Medellín, Cartagena, Santa Marta y Manizales para encabezar movilizaciones y protagonizar banquetes celebrados con altisonantes adjetivos en las secciones sociales de los periódicos. La prensa conservadora describía detalladamente el menú de cada ocasión y enumeraba rigurosamente la lista de los participantes que discutían las futuras alianzas políticas.

La política no se detenía, a pesar de las muertes de la Violencia. En 1951, la campaña había empezado. Sin embargo, la situación del Partido Conservador estaba muy lejos de estar marcada únicamente por fiestas, tragos, cabalgatas y voladores. El Partido no estaba unido. Había disensos, pugnas e insultos en los que Alzate Avendaño, durante las reuniones sociales, trataba de mediar como director de la colectividad. Mientras que en el Valle él convencía a Borrero Olano de no formar una facción, en la convención conservadora de Antioquia la situación era más tensa: Quintero Salazar le decía a Navarro Ospina que era un farsante, un tartufo, un maquiavelo, un hipócrita.

Las élites políticas no estaban de acuerdo entre sí, ni en el Partido Conservador, ni en el Liberal. Las personalidades de Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez y Gilberto Alzate Avendaño y de Eduardo Santos, Carlos Lleras y Alfonso López distaban del concepto de la trinidad: se encontraban lejos de ser tres personas distintas que se integraban a un ser único, fuese azul o rojo. Los políticos, la democracia y los partidos eran mucho más que dos bandos ho-

mogéneos enfrentados por el control burocrático, mientras arrastraban al país a una guerra sin sentido. La historia política del país resulta intrincada, conflictiva y compleja. Definirla con fórmulas resultaría absurdo, incluso en términos escolares.

El pasado es tan complejo como el presente, pero lo que ocurrió es más difícil de discernir. Algunas huellas permanecen desconocidas y otras se han construido con exageraciones del pasado que simplifican y deforman. Por ejemplo, a Gilberto Alzate Avendaño lo conocemos por caricaturas que, al describirlo como totalitario, fascista o autoritario, reducen a adjetivos injustos su compleja personalidad. En realidad, tenía una sólida formación intelectual y desempeñó un papel central en la administración pública durante el siglo XX. Desde luego, las caricaturas le servían a *El Siglo*, periódico de Laureano Gómez, dirigido por su hijo, Álvaro, cuando quería acabar con el protagonismo de Alzate Avendaño en el Congreso y en el Partido. Y las viñetas también le eran útiles a *El Tiempo* para descalificar a un contendor, al ilustrarlo como un fascista retardatario. Sin embargo, estas imágenes poco aportan hoy.

Seguir los pasos de Gilberto Alzate Avendaño abre una puerta para comprender la historia política e intelectual del siglo XX. Así lo propone César Augusto Ayala Diago en *Democracia bendita seas...*, con el objetivo, planteado desde la introducción, de redescubrir a un personaje que ha sido marcado con rótulos incómodos para entender su complejidad.

Su libro es una brisa renovadora en muchos sentidos. El primero ya lo empecé: muestra que no existían partidos homogéneos durante la época de la Violencia. A pesar de que el Partido Conservador tenía el control absoluto del Congreso –los liberales decidieron no participar en las elecciones por falta de garantías–, no había consenso dentro de las líneas azules.

Por ejemplo, pocos meses después de que Urdaneta reemplazara a Laureano Gómez en la presidencia de la República, Gilberto Alzate Avendaño pareció estar tomando un rumbo propio, no seguir las directrices del jefe del ejecutivo. Entonces, Joaquín Estrada Monsalve volvió de la emba-

jada en Chile al Directorio Nacional para hacerle frente y “reafirmar la disciplina conservadora contra el frente de la disidencia” [pág. 281]. No se trató solo de palabras inocuas; además de llamarse entre unos y otros cobardes, insolentes y miserables, Alzate llegó a solicitar el levantamiento de la sesión “para castigar al canalla” [pág. 281].

Por otro lado, Ayala aporta a la historia política del país su reflexión acerca de la complejidad regional del momento, que distó de la típica idea del centralismo. Colombia no se gobernaba desde Bogotá sin miramientos con las regiones. Los políticos tenían que convencer y resolver disputas en Antioquia, en el Valle o en el Atlántico. Gilberto Alzate Avendaño no paraba de viajar. No descansaba. Las giras, las reuniones sociales, la apertura de periódicos y las reuniones políticas cubrían casi todo el país y, a propósito, el autor describe esos banquetes y giras y expone cómo era la complejidad de la política. Alzate Avendaño hacía campaña en las numerosas ciudades intermedias del Caribe, el Pacífico y los Andes. Desde luego, las regiones más apartadas y menos pobladas, como el Vichada o el Amazonas, no eran el escenario de banquetes y cabalgatas presididas por él quizá por razones electorales.

Al demostrar la complejidad, es posible acabar, al menos en parte, con la rigidez de los imaginarios. Por ejemplo, se suele pensar que los líderes conservadores eran fascistas y tenían una idea racista y jerárquica de la sociedad, pero el problema es que esos discursos y esas ideas se suelen presentar en abstracto. Las personas concretas funcionaban de una manera mucho más complicada. Había líderes conservadores que simpatizaban con el fascismo, a pesar de ser afrodescendientes, como Daniel Valois y Manuel Mosquera.

Así pues, esta era una época compleja: hacía poco había sido derrotado Hitler y la democracia liberal hasta ahora empezaba a cimentar su victoria con propaganda. Durante la década del cincuenta, surgieron grupos falangistas en el país y se creó un Partido Nazi, a pesar de que Ayala asegura que el Partido Conservador rechazó tajantemente estas organizaciones. Y esto no impidió que las caricaturas

liberales exageraran los rasgos físicos de Alzate y lo vistieran con prendas nazis, para menoscabar su reputación.

Con esto en mente, es importante recordar que hubo muchos partidos conservadores, casi tantos como personas. Es cierto que se dieron acercamientos al franquismo y al nazismo, pero también hubo rechazos al respecto. Alzate, por ejemplo, aseguraba que el corporativismo era un proyecto inviable en Colombia y se declaraba un demócrata, defensor de las libertades; incluso, atacó la censura durante el gobierno de Laureano Gómez. Se acercó además a un cristianismo social para que el Estado, apoyado por la religión, llegara a los más pobres y sostuvo airadamente que las reformas sociales no eran una bandera del Partido Liberal: los conservadores tenían que conseguir las transformaciones.

Pero si el libro es sobre la historia política, también es sobre la prensa. Los periódicos, en especial los conservadores, son el hilo de la biografía de Gilberto Alzate Avendaño durante los años cincuenta. El libro aporta mucho sobre la cultura escrita; responde, por ejemplo, a cómo se hacía política desde las letras, cómo las caricaturas lanzaban dardos y empezaban batallas campales que impulsaban o acababan proyectos políticos. Para Ayala, la política y el periodismo se mostraban ligados: para ser político, había que ser escritor y estar versado en filosofía, ética, historia, literatura y derecho. Es, sin duda, un libro que dice mucho sobre una década y cumple a cabalidad su objetivo: reescribir a Gilberto Alzate Avendaño.

Antes de terminar, quiero hacer dos reparos. Sin bien el autor es exhaustivo en el uso de las fuentes y las intercala una y otra vez —lo que demuestra el rigor de su investigación—, en algunos casos, el excesivo uso de referencias dificulta la lectura y restringe el grupo de lectores. Por otra parte, la prensa es una fuente privilegiada para describir el panorama político. Sin embargo, es una herramienta limitada si se tienen en cuenta las censuras del gobierno, las autocensuras y los intereses de editores. Los periódicos describen la situación política de una manera parcial.

Desde luego, es inevitable que las fuentes sean parciales, por lo que es conveniente recurrir a otras, como por

ejemplo, a la correspondencia y a las memorias, tanto liberales como conservadoras. Al respecto, si bien el autor intercala de vez en cuando críticas y comentarios de la prensa liberal, el lector extraña una mirada más holística de la situación, en especial, cuando el país estaba así de enfrentado.

**Luis Londoño Pabón**